

**Humildad de instrumentos (meditación de un retiro)** La fiesta de la Sagrada Familia nos ayuda a pensar en el tema de esta meditación: acercarnos al pesebre para vivir mejor el amor a Dios y a los demás, amor en familia. Son días para entrar con sencillez en “el pesebre”, el paraíso de los sencillos. La cosa más grande de la historia de la humanidad sucedió sin espectadores (María da a luz a Jesús), y luego son invitados los pequeños, los que saben apreciar lo importante. Como decía uno: “Siempre llamó mi atención aquella gente con un corazón sencillo, aquellos que hacen de lo complejo, de lo sofisticado, algo cotidiano, entendible por todos. Gente que quizás habla de cosas importantes, pero tiene en su forma de expresarse una capacidad de llegar al fondo de su mensaje de inmediato. Sea cual fuere el tema del que esas personas hablan, llegan al corazón, el alma se siente atraída. Gente muy sencilla, que quizás sólo nos sirve o ayuda en determinado punto de nuestras vidas. Rostros sonrientes, dispuestos a ayudarnos, adaptarse y comprender. (Meditación del Papa sobre el buey y la mula).

¡Dan ganas de sentarse a hablar con esa gente, a saber de su vida! Ellos no buscan complejidades, no desconfían más de la cuenta, hablan de modo abierto y claro, tienden a creer y a confiar, ven en la gente lo bueno. La simpleza de corazón se opone a esa otra postura, la de buscar siempre los motivos para no creer, la de dudar de todo, la de complicar las cosas, la de plantear siempre obstáculos y objeciones, la de esperar que finalmente algo nos de la excusa para descalificar.

Esta actitud frente a la vida, la de hacer lo complejo algo sencillo, la de creer, confiar, de poner una sonrisa y un deseo de hacerse entender y querer por el prójimo, es una parte importante del amor. Porque el amor es simple y Dios es simple, El hace las cosas de Su Reino sencillas para nosotros. Pero también pone un velo entre Sus misterios y nuestro entendimiento. Es por este motivo que es tan importante no querer ver o saber más allá de lo que Dios quiera que veamos. ¡Sólo creer en El!

Esta actitud, la de creer, proviene de un corazón sencillo. Creer, con un alma abierta a las cosas del Reino, más allá de que la mente, nuestro intelecto, no alcance a comprender lo que percibe. Es muy difícil tener fe en Dios si queremos procesar todo a través de nuestra razón”. Nuestro orgullo lo complica todo, queremos controlarlo todo. “Y que difícil es la prueba cuando Dios da la gracia de tener una mente desarrollada, una educación elevada. El propio don que Dios da se puede transformar en el motor de nuestra soberbia: vaya, si somos gente inteligente, ¿cómo podemos creer en estos tiempos en estas cosas, inexplicables para la ciencia del hombre? Cuanta soberbia se esconde en esta pregunta, pero cuán a menudo se la escucha, o se la piensa. El mundo moderno ha desarrollado tal soberbia, que ha dejado poco espacio para las cosas del Señor, que son por supuesto inexplicables, porque pertenecen a un nivel de pensamiento, el Pensamiento Divino, al que el hombre jamás podrá llegar”. Cuando alguien ha de ejercer su autoridad, muchas veces se cubre de apariencias, por ejemplo un profesor intentará disimular lo que no sabe, para explicar las cosas dando la impresión de que controla toda su especialidad, porque necesita dar esa imagen de persona que sabe más de lo que sabe. En cambio, el sencillo es el que no quiere dar más imagen que mostrarse como es, sin aparentar, y qué mezcla más fascinante, cuando un sabio es sencillo y puede responder cuando algo no lo sabe con un sencillo “no lo sé”. Se llega así a superar una prueba importante, la de la apariencia, así los pastores nos enseñan el camino a Belén: “Sólo aceptar, orar, adorar al Señor, y disfrutar de los pequeños detalles que El nos permite ver, de Su maravilloso Reino.

Que no se nos escape el calor de hogar por las rendijas. Calor de hogar. Estar a gusto. Con todas las letras. A gusto, se escribe con la A de alegría, G de generosidad, U de utilidad, S de satisfacción, T de tolerancia y O de orden. La temperatura se mide por grados. Frío. Calor. Templado. El calor de hogar no tiene termómetros que lo mida. Tenemos estos gradientes, conceptos o valores, para que no se nos escape por las rendijas. Para pensar en detalle No hay calor de hogar si no ha alegría y no hay alegría en

una casa llena de gritos y discusiones. No hay calor de hogar si no hay generosidad y no hay generosidad cuando estás cansado y llegas a casa y pones el telediario y no quieres ni un solo ruido o molestia. Si los hijos no se sienten útiles, tengan la edad que tengan, y no experimentan que tienen cosas que aportar; porque son únicos e irrepetibles y esto tienen que notarlo. Si no hay satisfacciones y si un chaval aprueba todas, esa es su obligación y si suspende le montas un numerito. Si no hay tolerancia y no sabes ceder en aquello que es opinable e intrascendente y pretendes tener siempre la última palabra en cualquier asunto aunque sea el color de los calcetines que lleva tu hija. No hay calor de hogar si no hay orden, orden material incluso. Una casa confortable, según se pueda. Una cama sin hacer, todo por el medio, no hace de ese sitio un lugar acogedor. Un hijo se siente querido cuando se siente seguro, libre y responsable”.

Se ha dicho que los hombres podemos admirar y adorar las cosas grandes, pero que amarlas, lo que se dice amarlas, sólo podemos amar aquello que podemos abrazar. Por eso al Dios de los cielos podemos adorarle, al pequeño Dios de Belén nos es fácil amarle, porque nos muestra lo mejor que Dios tiene, su pequeñez, su capacidad de hacerse pequeño por amor a los pequeños.

Por tanto, nada de nostalgias, de mirar atrás (en los aspectos negativos de penas, gente que falta, que ya no está a nuestro lado...). Es momento de contemplar el presente. Como indica la segunda lectura (Col 3, 12-21) es momento de amar a los miembros de la familia, y ganarse así el beneplácito y el perdón del Señor. “Descubrid que a vuestro lado hay gente que os ama y que necesita su amor. Si lo hacéis, el amor de Dios no será inútil. Y también en vuestros corazones será Navidad”.

Jesús ya está ahí puesto en el pesebre, en una velada alusión a la Eucaristía. ¡Es María quien lo ha puesto. Lucas habla de un “encuentro”, de un encuentro de los pastores con Jesús. Indica M. Valls que “sin la experiencia de un “encuentro” personal con el Señor no se da la fe. Sólo este “encuentro”, el cual ha comportado un “ver con los propios ojos”, y en cierta manera un “tocar”, hace capaces a los pastores de llegar a ser testigos de la Buena Nueva, verdaderos evangelizadores que pueden dar «a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel Niño» (Lc 2,17).

Se nos señala aquí un primer fruto del “encuentro” con Cristo: «Todos los que lo oyeron se maravillaban» (Lc 2,18). Hemos de pedir la gracia de saber suscitar este “maravillamiento”, esta admiración en aquellos a quienes anunciamos el Evangelio.

Hay todavía un segundo fruto de este encuentro: «Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (Lc 2,20). La adoración del Niño les llena el corazón de entusiasmo por comunicar lo que han visto y oído, y la comunicación de lo que han visto y oído los conduce hasta la plegaria de alabanza y de acción de gracias, a la glorificación del Señor.

María, maestra de contemplación —«guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19)— nos da Jesús, cuyo nombre significa “Dios salva”. Su nombre es también nuestra Paz. ¡Acojamos en el corazón este sagrado y dulcísimo Nombre y tengámoslo frecuentemente en nuestros labios!”

En el silencio de la noche santa, José pensaría en su hijo, “hijo de David, hijo de Abrahán”, y la genealogía: “Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos, Judá engendró a Farés y a Zara de Tamar”, pensaría en esta historia que no se detiene, que es como un universo que gira alrededor del pesebre, del gran evento que acababa de suceder, el nacimiento de Jesús, que todo giraba alrededor de esa pequeña familia, que era el instrumento divino para criar al Salvador: “Miles de hombres andando por el sendero de la vida. Luchan, se afanan, ríen y lloran, viven y mueren. Unos suceden a otros. La historia no se detiene. Famosos, desconocidos, héroes, cobardes, niños, ancianos, gente con distinta suerte, que deambula por el mundo. La mayoría no se conoce. Los nombres se olvidan, el tiempo pasa. Millones y millones de pisadas sobre la tierra, dirigiéndose hacia algún lugar en busca de la felicidad —rezaba

así J. Torras-. Yo soy uno de éstos. También piso esta tierra y voy hacia algún lugar. Cada hombre es único e irrepetible. Tú, mi Dios, te has entregado por cada mujer y hombre. Amas a cada uno como si fuera el único. A Ti te da igual que sea rico o pobre, famoso o ignorado, sólo miras la grandeza de su corazón, su generosidad, la fuerza en su caminar. Corresponder a tu amor es lo que hace grande a la gente. Imitar tu vida, pisar donde Tú pisaste. Quitar lo que pueda desdibujar tus huellas, lo que te ofende”. Adviento, 17 de Diciembre: nuestra grandeza está en el amor que Dios nos tiene. Estamos interconexiónados en este «libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac... Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zara... Salmón engendró, de Rajab, a Booz, Booz engendró, de Rut, a Obed... David engendró, de la que fue mujer de Urías, a Salomón... Mattán engendró a Jacob, y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo. Así que el total de las generaciones son: desde Abraham hasta David, catorce generaciones; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones”. La genealogía de Jesús es tipo de la Iglesia, formada por judíos y gentiles, como Ratzinger hacía considerar: “hay algo más que ha de ser considerado: esta genealogía menciona también a mujeres, a cuatro mujeres de la historia judía y, después, a María. Era algo totalmente tradicional que en la historia de Israel se destacara a cuatro mujeres como las grandes madres ancestrales: Sara, Rebeca, Lea y Raquel. Pero Mateo no nombra a esas cuatro sino a otras, a cuatro mujeres afectadas por algún aspecto embarazoso, mujeres que lesionan la pureza de una genealogía y que, por tanto, eran consideradas como una mancha en la historia de Israel,-cuatro mujeres que, por lo tanto, solían pasarse tácitamente por alto.

Por eso se ha afirmado que, en su genealogía, Mateo manifiesta claramente lo que él quería convertir en un silencioso hilo conductor de todo su Evangelio: que los últimos serán los primeros. Dios invierte los criterios de los hombres. Dios ha escogido lo débil. Más aún: como se trata en todos estos casos de mujeres pecadoras, su mención hace de la genealogía una genealogía de la gracia, que se hace cargo del pecador y se fundamenta en el perdón, no en la grandeza y los logros humanos (cf. Van Thuan; G. Kittel: las figuras femeninas son vistas en clave de gracia, como justificación del pecador).

Todo esto es correcto, pero no me parece que con ello se haya captado el punto de vista central que importa a Mateo. En efecto: en una observación más atenta se puede constatar ante todo que el pecado que estaba en juego en estos casos era un pecado de los varones, no de las mujeres. Lo especial en estas mujeres estriba, en cambio, en que no eran judías y que justamente ellas, mujeres paganas, aparecen en los puntos de inflexión de la historia de Israel, de modo que con toda razón pueden considerarse en Israel como las verdaderas madres ancestrales del reino (cf. E. Schweizer: ve aquí la Iglesia prefigurada, que abarca Israel y gentiles, y se anuncia así la gracia, tema central del Evangelio, con un alcance más vasto, en toda su dimensión histórica y eclesial)..

Entre ellas está Rajab, la prostituta que facilita a los emisarios de Israel el camino hacia Jericó y, de ese modo, abre la puerta para la entrada de Israel en la Tierra Santa. Lo hace porque cree en el Dios de esos extranjeros, razón por la cual en el Nuevo Testamento se la considera como madre de la fe al igual que como madre de las buenas obras (Heb 11,31,- Sant 2,25). En la Iglesia antigua, Rajab, la sucia prostituta cuya casa se convierte a pesar de ello en hogar para Israel y en camino para la toma de posesión de la Tierra Prometida, aparece como tipo de la Iglesia de los gentiles: ella representa a la Iglesia que se reúne a partir de la suciedad del paganismo y que, a pesar de ello, en su anhelo de la salvación abre la puerta a los enviados de Dios, los apóstoles, que no habían hallado morada en Israel. Así, la Iglesia de los gentiles permite que el mundo se convierta en tierra santa de la fe, la sucia taberna en la casa santa de la comunión con Jesucristo.

Rut era una mujer pagana que había estado unida en matrimonio a un hombre judío, pero que, tras la muerte de su esposo, había quedado en libertad para regresar a su patria.

Pero justamente en medio de la miseria de Israel y del dolor de su suegra, permanecerá junto a ésta porque la palabra de su desposorio se había convertido en una impronta permanente de su vida: tu Dios será mi Dios. Rut, la pagana, se había hecho seguidora del Dios de Israel, convirtiéndose así en la verdadera madre ancestral de la dinastía davídica.

Betsabé, la mujer de Lirias, era hitita como su esposo. Al darle el sí a David, acepta también a su Dios y se convierte de ese modo en madre de Salomón, en quien el Evangelio de Mateo ve reiteradamente el prototipo de Jesucristo.

Por último, sólo a través de Tamar, que consigue a la fuerza el derecho a descendencia que Judá le negaba, se llega al reinado de Judá, cumpliéndose de ese modo la promesa de la bendición de Jacob: «Vendrá aquel a quien pertenece el bastón de mando y a quien los pueblos deben obediencia».

Eso significa que esta genealogía, que a primera vista parece un estricto árbol genealógico de Abrahán y de David, es por la presencia de las cuatro mujeres una genealogía de la Iglesia formada por judíos y gentiles. Tal genealogía remite al futuro, a la Iglesia de los pueblos. Hasta podría decirse que estas cuatro mujeres desplazan en esa genealogía la historia de los hombres, con todo su peso e importancia. Ellas cuatro forman las verdaderas articulaciones de la genealogía, que deja así de ser una genealogía de acciones supuestamente masculinas para convertirse en una genealogía de la fe y de la gracia: en la fe de esas mujeres se basa lo más propio de esta historia, la continuación de la promesa.

Con este aspecto, y aun a pesar de todos los que se le oponen, se hace visible la relación interior que se da con la quinta mujer, hacia la cual todo se orienta: María. Aquí, en este punto último y decisivo, se visualiza plenamente la relativización, la irrelevancia última de toda la historia de los varones. Antes, los nombres estaban vinculados por la palabra «engendró» [...]. Pero al final no se habla ya de «engendrar», sino que se dice: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo». José no engendró a Jesús: era solamente el esposo de María. Ya sólo por intermedio de esa pertenencia jurídica, no por la vía de la unión biológica, Jesús pertenece a esa genealogía y ella le pertenece. El es su legítimo titular: para Israel, lo decisivo, lo real, era siempre la procedencia jurídica, no la biológica. A través de ese derecho, el Antiguo Testamento le pertenece.

Un nuevo comienzo por el sí de María: Pero al mismo tiempo se instaure un nuevo comienzo, y este verdadero comienzo, del cual depende en definitiva todo, acontece por la fe, por el sí de María. Este verdadero comienzo está prefigurado y dado de antemano en lo que una y otra vez se convirtió en Israel en un comienzo eficaz: la fe de las madres, la fe de los extranjeros. Con ello, el evangelista abre para nosotros toda esa realidad que parece estar tan lejos de nosotros: ese comienzo puede estar siempre presente. Por él se da la constante posibilidad del parentesco con Jesús, de la unidad con él. El *fiat* de María es el ámbito al que podemos entrar en cada momento y al que nos invita este Evangelio: allí se da el comienzo,- allí tocamos la encarnación del Señor de la que nos habla el Evangelio,- pero allí nos encaminamos también hacia el cumplimiento de la petición en que la oración de la liturgia de la Iglesia hace desembocar hoy el Evangelio: que, con Cristo y en Cristo, los hombres seamos partícipes de la vida divina.

Si entramos en ese ámbito, entonces nos pertenece, junto con Cristo, todo el Antiguo Testamento. Entonces, estamos en ese «sagrado intercambio» entre Dios y el hombre, entre hombre y hombre, en el que todo pertenece a todos en la «comunidad de los santos». Este Evangelio nos llama a acceder a la puerta del *fiat*: ésa es su invitación, ésa es la mano de la gracia que el Señor nos tiende en esta hora”. Entrar en el decorado del pesebre, en la genealogía de la salvación, que es la que cuenta, ésta es la lucha que da vida, que pedía aquel santo: "Señor mío y Dios mío, quítame todo lo que me aleja de Ti. Señor mío y Dios mío, dame todo lo que me acerca a Ti. Señor mío y Dios mío,

despójame de mí mismo para darme todo a Ti." (S. Nicolás de Flüe, oración). Y vale la pena ir más hondo en el amor, a imagen del amor que se respira en la Sagrada Familia, siguiendo las pisadas de Jesús, María y José en el servicio, en ser instrumentos de Dios: "De que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvidéis— dependen muchas cosas grandes" (Camino, 755).

José pensaba en el sufrimiento más grande que había tenido en su vida, cuando pensó dejar a María al estar ella embarazada, como narra Mateo (1, 18-24): "José su esposo, como era justo y no quería exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto." Ahora está feliz, pensando en ella: "María la más hermosa, niña de mis ojos, mi reina y señora. Myriam, flor entre las flores, la más dulce, la mejor. Eres la ilusión de mi vida, el sol que me ilumina, la dueña de mi corazón, María, Myriam, niña mía..." Agradece a Dios no haber tenido que hacer el sacrificio. Cuando estaba para descargar, como Abraham el cuchillo, pero esta vez en su corazón, cuando pensaba apartarse, cosa que era para él peor que tener lepra, ceguera u otra enfermedad, quizá hubiera preferido la muerte... él seguía confiando, y Dios paró la mano, el cuchillo, la decisión. El ángel le habló en sueños... ahora le vuelve a hablar: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel». Juntos para siempre, aunque tengan que ir aquí para allá, esto es secundario. Lo importante es estar unidos en el amor de familia. La familia es y será siempre necesaria, también para Jesús, y Él sólo tiene lo imprescindible: ni casa, ni un lugar para dormir, pero tiene familia. Juan Pablo II nos lo recordaba en su exhortación *Ecclesia in Europa*: «La Iglesia ha de proponer con fidelidad la verdad sobre el matrimonio y la familia. Es una necesidad que siente de manera apremiante, porque sabe que dicha tarea le compete por la misión evangelizadora que su Esposo y Señor le ha confiado y que hoy se plantea con especial urgencia. El valor de la indisolubilidad matrimonial se tergiversa cada vez más; se reclaman formas de reconocimiento legal de las convivencias de hecho, equiparándolas al matrimonio legítimo...».

«Herodes va a buscar al niño para matarle» (Mt 2,13). Como recordaba J. Mateo, «Herodes ataca de nuevo, pero no temamos, porque la ayuda de Dios no nos faltará. ¡Vayamos a Nazareth! Redescubramos la verdad de la familia y de la vida. Vivámosla gozosamente y anunciémosla a nuestros hermanos sedientos de luz y esperanza. El Papa nos convoca a ello: «Es preciso reafirmar dichas instituciones [el matrimonio y la familia] como provenientes de la voluntad de Dios. Además es necesario servir al Evangelio de la vida».

De nuevo, «el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: ‘Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel’» (Mt 2,19-20). ¡El retorno de Egipto es inminente!». Ver como Dios hace al paso de los hombres, cómo se apoya en algunos, es fabuloso. **Lo mismo veríamos si tomáramos el anuncio del nacimiento de S. Juan Bautista (cfr. Luc 1, 13-15). El Señor elige instrumentos y les da las gracias necesarias para la misión particular. Ejemplos en la historia sagrada del A.T.: Abraham (Gen 12,1-4), Moisés (Ex 3, 1-10), Elías (I Re 17)... Ejemplos en la historia de la Iglesia: los santos.** El ejemplo del pincel, que se deja llevar por el pintor, como en la inspiración bíblica es Dios el instrumento principal. Hay quien hace proyectos, san Josemaría hablaba de dejarse llevar, al final Dios da aquellas cosas que se le han entregado, el 100x1: Juan Pablo II lo hizo, y tuvo una vida llena. En su funeral, el Cardenal Ratzinger dijo que desde que Karol escuchó la voz del Señor: “¡Sígueme!” comenzó aquella respuesta a la vocación que fue dando con su vida, en una respuesta total a la llamada divina (cf. Juan 15, 16), como el buen pastor que “da su vida por las ovejas” (Juan 10, 11) y les lleva a permanecer en el amor (cf. Juan 15, 9). El recuerdo de la entrega de este gigante de la Historia puede aprovecharnos, para sacar propósitos de santidad: «¡Levantaos, vamos!», nos decía hace poco con las palabras que Jesús dirigió a sus apóstoles somnolientos; palabras que hoy resuenan en nuestros oídos

con un tono especial de más exigencia, para “levantarnos” en una entrega al ritmo de la suya, pues lo hemos visto luchar sin cansancio hasta el final, superando todo tipo de dificultades, fiel hasta la muerte, en una vida llena. No se reservó nada para él, quiso darse del todo. “El amor de Cristo fue la fuerza dominante en nuestro querido Santo Padre; quien lo ha visto rezar, quien lo ha oído predicar, lo sabe”, sigue diciendo Ratzinger: A Juan Pablo II le pasó como a san Pedro, a quien Jesús dijo: “«cuando eras joven..., ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras» (Juan 21, 18)... En el primer período de su pontificado el Santo Padre, todavía joven y repleto de fuerzas, bajo la guía de Cristo fue hasta los confines del mundo. Pero después compartió cada vez más los sufrimientos de Cristo, comprendió cada vez mejor la verdad de las palabras: «Otro te ceñirá...». Y precisamente en esta comunión con el Señor que sufre anunció el Evangelio infatigablemente y con renovada intensidad el misterio del amor hasta el fin”.

Desde el 2000 –como dice en su testamento- entendió que podía cantar el "Nunc Dimitis", las palabras que Simeón pronunció cuando su objetivo de ver a Jesús estaba cumplido: "ahora puedes dejar marchar a tu siervo". Sus últimos años fueron de alegría por la misión cumplida (llevar la Iglesia más allá del umbral del tercer milenio con la aplicación del Concilio y de un diálogo entre fe y razón, religiones y culturas; la caída de los muros de Berlín; la proclamación de la civilización del amor que destruyera los muros del odio...). Parece que le fuera dada una señal cuando salió con vida del atentado de 1981, y un plazo: el tiempo que le permitiera su enfermedad. Y al final de su vida vio que debía seguir llevando la cruz como estandarte, para proclamarla ante una sociedad que rechaza el sufrimiento a toda costa. Cuando podemos hay que quitar el dolor, pero sabemos que el amor lleva a sufrir por los demás, y a encontrar un sentido a los dolores que permite Dios para sacar de ahí un bien más grande, la identificación con Cristo en el amor. Cuando nos toca de cerca el mal, podemos unirnos a Cristo y entrar “en una nueva dimensión, en un nuevo orden: el del amor... Es el sufrimiento que quema y consume el mal con la llama del amor y obtiene también del pecado un multiforme florecimiento de bien”, decía Juan Pablo II; y añadía Ratzinger: “alentado por esta visión, el Papa ha sufrido y amado en comunión con Cristo, y por eso, el mensaje de su sufrimiento y de su silencio ha sido tan elocuente y fecundo”. Así lo hemos visto el último domingo, asomarse sin poder hablar, en la última bendición “urbi et orbi”.

En este largo camino, Juan Pablo II fue desde el principio de la mano de María, confiándole todo a ella: “Tous tuus”. Privado de su madre terrenal, ella le hizo de madre. “Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo” y proclamar aquel «¡No tengáis miedo!». Con esta frase comenzó su pontificado, esa fue su enseñanza a lo largo de estos 26 años y especialmente con su muerte, llena de paz: es precisamente este grito hecho vida por el amor, lo que ha hecho Magno a Juan Pablo II. Y Dios le dio lo que él le había ofrecido: ser juglar de Dios (su amor al teatro), escribir, viajar... lo entregó y Dios se lo devolvió con mucho más público cuando viajaba por el mundo siendo juglar del Señor, y con muchos más lectores de los que había soñado. Si estamos con María, si queremos a Jesús, tampoco nosotros tendremos miedo.

El instrumento ha de tener a) eficacia propia, la que Dios le ha dado, y no es modestia esconderla. b) Necesita una humildad, una perfecta subordinación, y c) unión con el artista, como el barro en manos del alfarero, y para esto vida interior y obediencia (hacer, no decir o pensar). “*Las obras de Dios son perfectas* (Dt 32,4), por eso, a quienes se da divinamente una potestad, se les dan también los medios para usarla dignamente” (s. Tomás), es lo que se dice en la ordenación en palabras de S. Pablo: el que ha comenzado la buena obra en ti la llevará a término. **Acción de Dios en favor todas las almas, contando instrumentos humanos. Conversión de S. Pablo y Ananías (cfr. Act 9, 17). Las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer (Amigos de Dios, n. 265).** Alegría, no se puede llevar alegría si no la llevamos. Llevar la buena nueva a

todos va unido al deseo de servir, de rezar cada mañana al Señor al levantarnos: *Serviam, te serviré!*

**Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra** (Act 1, 8). Dios reclama que seamos buenos instrumentos suyos para irradiar Evangelio, en el ambiente que nos rodea. Primero con los demás de nuestra familia, en el hogar; luego, en el apostolado que hacemos. Invocar al Espíritu Santo que nos dé luz y fuerza a nuestra alma; pedirle ayuda al comenzar una conversación apostólica; rezar por los demás, pidiéndole los dones que necesitan; ser ejemplares en la entrega a Dios. Formar colaboradores, no hacer como ciertos políticos, que no tienen continuidad... **Rectitud de intención y humildad en todas nuestras obras. *Soli Deo honor et gloria*** (I Tim 1, 17). Acrecentar la humildad de instrumentos, meditando la unión con la Voluntad de Dios en lo cotidiano. *Illum oportet crescere, me autem minui* (conviene que Él crezca, y yo disminuya: Jn 3, 30).